

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

MARTES 17 DE SEPTIEMBRE DE 1901

EL DISCURSO DE COSTA

Había expectación por conocer el discurso que en los Juegos florales de Salamanca había de pronunciar el mantenedor D. Joaquín Costa.

El «Adelanto» de Salamanca ha publicado en un suplemento, admirablemente impreso y tirado, el discurso leído anteañoche por D. Joaquín Costa en los juegos florales celebrados en aquella población.

Con ser hermosas todas las producciones de la pluma del insigne escritor aragonés, habrá muy pocas que puedan ser comparables con ésta en brillantez y en grandeza.

Sentimos que la falta de espacio no nos permita hacer otra cosa que extractar el discurso de Costa que por su trascendencia está llamado á producir sensación.

He aquí el extracto:

La primera parte del discurso

Comienza el Sr. Costa recordando el origen de los juegos florales, y después de un relato precioso de la leyenda de aquella Clemencia Isaura, que es la musa cristiana que preside á estas poéticas solemnidades fundadas por ella, dice que ve en la hermosa y espiritual tolosana el símbolo de la España de 1898.

Y entre las analogías trae esta de una elocuencia soberanamente aterradora:

«¡Ah! yo recuerdo todavía con espanto uno de los episodios más horribles de nuestras horribles guerras coloniales. El hecho sucedió hace tres años: copio literalmente de los periódicos del 13 de Julio de 1898, «Llamado por el coronel del regimiento de Alava, de guarnición en Cádiz, salió de Medina-Sidonia un soldado perteneciente al mismo, acompañado de su anciana madre. Esta no quería separarse de su hijo hasta el último momento: y por carecer de recursos, hacían el viaje á pie, por la carretera. La anciana, que no cesaba de llorar, se sintió indispueta en mitad de la jornada; el hijo, arrodillado junto á ella, procuraba reanimarla, rociándole el rostro con agua de un regato próximo. Pero fué en vano: la pobre madre murió allí mismo, en brazos del infeliz soldado, desarrollándose una escena terrible de dolor y de desesperación. Los que acudieron en auxilio del atribulado mozo, creyeron que había perdido la razón: tales eran los gritos que daba. El cadáver fué transportado á Chiclana, donde recibió cristiana sepultura. El soldado, ya solo, emprendió nuevamente el viaje por la carretera, para incorporar á su regimiento». Ahí tenéis, señores, en ese romance vivido, la versión española de Clemencia Isaura; ahí tenéis á España, tendida en medio de la polvorienta carretera, y al Renato español, enloquecido por el dolor, extraviada la vista, roto en pedazos el corazón, moviendo sus pasos como máquina, sin otro resorto que la disciplina, en demanda del puerto, para ir á morir por una patria que acaba de quedársela muerta entre las manos;—él, el hombre útil, el hombre necesario, el hombre del telar, del arado y de la mina; cuyas espaldas sustentaban como firme columna la nacionalidad,—mientras allí quedan triunfadores é indemnes los hijos del privilegio, el cuerpo menguado de oligarcas que gobiernan con nombre de partidos, sin más partidarios que los escasos millares de tricornos de la Guardia civil, el hampa rediviva de las covachuelas, los góticos del Parlamento, los vociferadores de la Marcha de Cádiz, los fracasados del bachillerato, señoritos del pueblo, los gomosos de la aceña de las Calatravas, todo lo inútil, todo lo que estorba, la inmensa falange de tuberculosos del espíritu, la chusma parasitaria de chaqueta y levita, el fango social que inunda la plaza de toros, ebrio de vino y de salvajismo, el día de la derrota de Santiago de Cuba, sin que haya en el gobierno quien recoja el látigo de Cristo en el templo para cruzar el rostro á la horda, en desagravio siquiera y como homenaje al luto de la pobre hostia embreada, del triste huténano español...»

«Habla después el Sr. Costa de tres enseñanzas que da Salamanca á España con la organización especial de la propiedad en algunos Municipios de la provincia; con la organización de sus colegios universitarios y sus pensiones á alumnos meritorios para estudiar en el extranjero y con los recuerdos de sus pensadores en lo tocante á organización del Estado. Asuntos todos sobre los cuales habremos de volver.

Recuerda á continuación su frase: «Doble llave al sepulcro del Cid», y dice que esto en 1898 significa el fracaso de España como Estado guerrero. Pero el Cid no era solamente el espíritu español cívico. Así es que vuelve á abrir su sepulcro para sacar de él nuevas enseñanzas: las de la jura en Santa Gadea.

Y aquí traza un cuadro hermoso de aquel acto solemne, más verdadero en su fondo que muchos de los hechos que presenciarnos. Porque el cuerpo de un pueblo está en la historia, pero el alma está en la leyenda.



EL NIÑO

FRANCISCO SANDOVAL DÍEZ,

HA SUBIDO AL CIELO

á la edad de trece meses, el día 16 del corriente, á las siete de la mañana

en la ciudad de Albacete

Sus desconsolados padres D. Francisco y Doña María, hermana y demás familia:

Participan á sus numerosos amigos tan sensible pérdida.

Albacete 17 de Septiembre de 1901

necesidad la política invade los juegos florales.

«Ya veis, señores, cómo los juegos florales españoles, sobre todo á partir de aquella especie de juicio final de 1898, no cabían en el molde donde los troqueló D. Juan I de Aragón, el «amador de la gentileza»; cómo no podían ser ya ejercicios de ingenio y «de gay saber», sopena de que pareciesen corona de siemprevistas puesta sobre un sepulcro; cómo tenía que reflejar la universal preocupación, que es, por excelencia, social y política; como tenía que ser, conforme al dicho de una escritora célebre, «tribuna desde donde pu da decirse lo que en las Cortes no se ha podido ó no se ha querido decir». Las cañas se han tornado lanzas; la violeta de antaño, rubia como de oro, se ha teñido de rojo con la sangre de nuestros desastres, y así, quien se arriesgue por la espesa florista de «discursos» de los mante ledores, verá á Pi y Margall, en los juegos florales de Barcelona, defender el federalismo, ó sea la autonomía de las regiones, y á Balaguer en Zaragoza y Calatayud, discutir y recomendar un regionalismo conciliador, y á Romero Robledo en Ronda, distinguir entre reinas y reinas, y á Emilia Pardo Bazán en Orense, afirmar la bancarrota del régimen parlamentario en España y la necesidad de una revolución muy honda y de un gobierno personal que la impulse y dirija, á Guimerá en Barcelona, plantear el problema del separatismo catalán, arrojándose con furor de poseído sobre Madrid, y á Unamuno en Bilbao, embestir con igual formidable arranque á las patrias chicas y la lengua vascuence, y á Canalejas en Almería, queriendo anticiparnos una perspectiva de lo que él haría si fuese jefe de gobierno, y á la comisión organizadora del certamen de Salamanca, prestar mayor atención en sus temas á asuntos históricos y á prosaicas cuestiones de industria, de agricultura, de pedagogía, de psicología colectiva y de legislación social que ha romances y lirismos sobre el clásico lema «patria, fides, amor...»

Habla después el Sr. Costa de tres enseñanzas que da Salamanca á España con la organización especial de la propiedad en algunos Municipios de la provincia; con la organización de sus colegios universitarios y sus pensiones á alumnos meritorios para estudiar en el extranjero y con los recuerdos de sus pensadores en lo tocante á organización del Estado. Asuntos todos sobre los cuales habremos de volver.

Recuerda á continuación su frase: «Doble llave al sepulcro del Cid», y dice que esto en 1898 significa el fracaso de España como Estado guerrero. Pero el Cid no era solamente el espíritu español cívico. Así es que vuelve á abrir su sepulcro para sacar de él nuevas enseñanzas: las de la jura en Santa Gadea.

Y aquí traza un cuadro hermoso de aquel acto solemne, más verdadero en su fondo que muchos de los hechos que presenciarnos. Porque el cuerpo de un pueblo está en la historia, pero el alma está en la leyenda.

Ese alma es la que hoy nos hace falta para obligar al poderoso á recobrar la superioridad de la ley moral y á jurar la sumisión de ella.

«Lectón para la España actual titula el Sr. Costa los magníficos periodos dedicados á este asunto. Y al final dice: «Quien no sienta la grandeza moral de este cuadro, rebosante de hermosura, profuso de idea; quien no se estremezca ante esa gigante apoteosis de la ley; del derecho, del deber, renuncie á penetrar en estos Juegos, «cuya sagrada misión es postular amores», decía Balaguer en 1896, «amores y fe» («amor, fides») tenemos que decir ahora, «para la Madre Patria». Ese hombre mudo y frío delante del «Cid conjurando al rey bajo las bóvedas de Santa Gadea», no tendrá corazón para sentir la magestad augusta de una patria caída, ni lágrimas para llorar sobre ella, ni indignación para vengarla, ni alientos en el pecho para emprender su restauración. No le servirá á España para gobernarle; no le servirá ni si quiera como primera materia para español. Será sencillamente un bulto de carne para el censo.

Y va en busca del Cid: del «Cid» que haga cara á Don Alfonso, que ponga su veto á los políticos obstruyéndoles el acceso de la gobernación... ¡Ah!—exclama luego—el Cid no es nadie: debieron asumir ese papel las Asambleas de Zaragoza, y han hecho lo contrario: el Cid sigue encerrado en su sepulcro. Por eso tenemos que preocuparnos de provocar una nueva salida...»

La última parte

Muy lógico y muy intencionado don Joaquín Costa recuerda la sentencia de incapacidad que para el ejercicio de destinos activos fué pronunciada contra el general Montojo, almirante de Cavite, y prueba de que modo tal sentencia es aplicable á todos los hombres políticos que gobiernan ó quieran gobernar á España.

El título que pone á los párrafos que á esos suceden, es por demás sugestivo: «Las mujeres de Salamanca contra los cartagineses». Así es el título que precede á periodos tan hermosos como los que siguen:

«Refiere el suceso un escritor griego, Plutarco. Sitiada la ciudad por un cuerpo de ejército que acudillaba Anibal, tuvo que someterse y capitular. Pero no bien Anibal hubo vuelto la espalda, Salamanca hizo con lo capitulado lo que, andando los siglos, había de hacer ímpidamente España con el pacto del Zanjón y con el pacto de Bicnabató: negarse pasivamente á cumplirlo. Como era natural, Anibal volvió á sitiar á Salamanca, y ya no se contentó con menos que con expulsar de la ciudad á la población libre y combatiente, que se había rendido á discreción, y despojarla de todas sus riquezas, especialmente de las armas: Acampó Anibal á los capitulados prisioneros de guerra, en un barrio extramuros, confiando su custodia á una guarnición africana. Pero no había hecho cuenta con las mujeres; y las mujeres habían discurrido sacar escondidas debajo del vestido las espadas á su

salida de la ciudad; y con ellas mientras el grueso del ejército vencedor estaba entregado al saqueo, arremetieron á los guardas, armaron á sus maridos y los excitaron á huir á los montes para que llevaran á otra parte la guerra contra el extranjero, uniéndose á los ólades y á los carpetanos. Así lo hicieron con efecto; y cuenta Polyeno, uno de los escritores de Estrategia de la antigüedad, que Anibal, maravillado del valor y fortaleza de aquellas arrojadas hembras, no solo las devolvió á sus maridos, sino que «les restituyó además la ciudad y los bienes». ¿Lo oís, señoras? La patria que los hombres no habían sabido defender, las mujeres la rescataron. ¿Estaban justificados unos juegos florales, centenario puede decirse de aquel suceso, donde se rindió rinde pleito homenaje á una reina de Salamanca?

Alguna vez, cuando me acuerdo de aquella reflexión del P. Guevara, que los malos triunfan en este mundo por la cobardía de los buenos, sueño que las mujeres españolas, á la voz de las salamanquinas, empuñan otra vez las armas y salvan la patria perdida por nosotros, acometiendo, no ya á los cartagineses, quiero decir á los ingleses ó á los yankees, sino á los españoles mismos, á sus propios maridos... ¡por cobardes!

Si, señoras mías; aquellos tagalos de Filipinas, á quienes nos costaba trabajo tomar en serio y reconocer por hombres, han sabido vencer á nuestros gobernanantes; han sabido vencerlos los cubanos; ¡y nosotros nos dejamos vencer de esos vencidos! Tendrán razón los rifeños de Melilla para zaherirnos y denostarnos llamándonos «gallinas»?

La próxima mayor edad de D. Alfonso XIII, la situación de España, la necesidad apremiante de fuerzas civilizadas, el cambio indispensable que se impone consecuencia de esa necesidad, citas abundantes y bien elegidas de nuestros clásicos y después frases apocalípticas que anuncian nuestro término como pueblo si no nos rehacemos y rechazamos el mal que nos devora: esto es el contenido de los últimos periodos del discurso, que termina de esta elocuentísima manera:

«No olvidemos que al lado de la política de peso muerto, que es cabalmente la de lujo y la que nos arruina, existe otra política humilde, barata, casi gratuita, que, sin embargo, abraza más de las cuatro quintas partes de la vida de los españoles, y tan viva como la que representan la escuela de niños, el juzgado municipal, el servicio militar, el socorro del pobre y los caminos vecinales; y que todo debe descender á ese nivel, que todo debe quedar en ese nivel, todo, menos el juzgado municipal, menos la escuela de niños, menos las instituciones de provisión, menos los caminos vecinales, menos el servicio militar. Hagamos ó promovamos una revolución en el presupuesto de gastos de la nación, que permita gastar en muy breve plazo 150 en edificar escuelas, y otros 150 en formar maestros, y el doble si quiera en fomentar la producción mediante caminos,

obras hidráulicas, huertos comunales, enseñanza técnica de labriegos, rebaja del impuesto de consumos, etc., para que las clases pobres dejen de necesitar á la infancia en el campo y en el taller y puedan mandarla á la escuela; y sea por fin la escuela Covadonga espiritual que expulse de nuestro suelo el África que espiritualmente ha vuelto á invadirnos. Deshinchemos esos grandes nombres, Sagunto, Numancia, Otumba, Lepanto, con que se envenena á nuestra juventud en las escuelas, y pásenosmos una esponja. Desmontemos de su pedestal al Gran Capitán y al Duque de Alba, á Leyva y Hernán Cortés, á Alejandro Farnesio y Don Juan de Austria, y elevémoslos á él á Fernando de Aragón é Isabel de Castilla, á Cisneros y Legazpi, á Hernández de Oviedo, á Lacerda, á Vives y Vitoria, á Antonio Agustín, á Servet, al P. Salvatierra, á Pedro de Valencia, á San José de Calasanz, á Belluga y Olavide, á Campomanes, á Floridablanca, á Aranda y Pignatelli, á Flórez Estrada, á todos esos que caminaron, en todo ó en parte, por la derecha vía, y en cuyos pensamientos y en cuyas obras podrían haber tomado rumbo y encendido su lámpara los creyentes en una España nueva. Apliquemos al litoral de la Península y á sus archipiélagos y presidios lo que el general Mozo ha dicho hace pocas semanas de las Canarias: que no las salvará la fuerza material, sino, si acaso, la fuerza moral. El honor y la seguridad de la nación no se hallan hoy en manos de los soldados: están en manos de los que aran la tierra de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean el rebaño, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que equipan la nave, de los que tejen el algodón, de los que conducen el tren, de los que repasan la lluvia, de los que construyen los puentes, de los que estampan los libros, de los que acaudalan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando á la niñez. De esas escuelas saldrán los soldados, de esas forjas saldrán los cañones, de esos montes bajarán los navíos, de esos canales nacerá la sangre, de ese hierro brotará la fortaleza, de ese algodón y de ese cáñamo y de esos árboles saldrán las tiendas de campaña y las velas y el asta sagrada que ha de desplegar al viento la bandera rejuvenecida de la patria.»

RAPIDA

Costa, el gran ingenio, á quien las circunstancias llevaron junto al mediocre Paraiso y á quien el amor á la patria ha separado del presuntuoso y voraz y pesador de caña político, marca con jaloneo de oro el nuevo avance de la España noble, reflexiva y virgosa por el camino del progreso, á donde nunca han de llevarla quienes sólo sirven, porque son «calcos por dentro», para pedir á todo trance cien millones de economías. Las frases del gran pensador, en Salamanca, han sido rudas, contundentes para los cómplices del gran desastre, los buitres del gigante Prometeo español encadenado por las sinistras garras del rapaz mercader yanqui. Así se «hace patria», no con estúpidas promesas que adormecen á la populacheria en ensueños irrealizables; señalando con signos de fuego la frente de los culpables, para que el león de la justicia popular rompa sus cadenas, se contribuya grandemente á manumitir al pueblo que tiene por salvadores á quienes lo perdieron; que busca protección en quienes lo desampararon; que pide reposo y salud á quienes solo piensan en malgastarle las energías y las fuerzas vitales. Hay manumitir al siervo español y esa no es hazaña propia de los «micromegas» que siguen á Paraiso. Se necesita para lograrla el talento de un Canalejas, de un Unamuno, de un Octavio Picón, de un Costa ¡Estos no son pinches de los infantes «Cocineros de Su Magestad»!

San Miguel.